

—dijo pensativa;—no es difícil conocer que son miembros todos de una misma familia.

—Sí; y las facciones, la frente, los ojos, los labios, parecen ir de padre á hijo. Los Dynecourt han sido siempre considerados como una hermosa raza.

—Y hay en estos rostros, también, algo que me es extrañamente familiar,—continuó Silvia.—Como si pareciera que los había conocido á todos.

Y así, inconscientemente, ella, la madre del legítimo heredero de aquella noble raza, paseó alrededor de los silenciosos é ilustres muertos. Hubo un momento en que pareció sobresaltarse. Un retrato de tres niños, un grupo de familia, pintado por sir Josué Reynold, estaba entre los demás. Lady Dynecourt estaba hablando á uno de los operarios, y Silvia desvió la cabeza, á punto de lanzar un grito que pudo contener.

Un niño, la figura céntrica del grupo, era la imagen, el vivo retrato de su Cirilo.

Fuó un fuerte impulso de llamara la atención de lady Clotilde; pero, recordando cuán sensible era, se abstuvo. Se apartó de allí, pero no pudo apartar de su mente la impresión que le produjo aquel cuadro.

¿Era un mero accidente este parecido entre su hijo y el heredero de Dynecourt? Por supuesto que no podía ser otra cosa. Pero ¿por qué era? ¿cómo podía ser?

Ni la menor sospecha alboreó en su mente; ni el menor presentimiento de la verdad se le ocurrió. Su corazón estaba lleno de silenciosa admiración, y más de una vez se acercó al grupo para cerciorarse de que no se engañaba.

CAPITULO XIII

Al siguiente día vino una interrupción en el torrente de sus pensamientos. Entre las amigas de lady Clotilde se contaba Mrs. Lowe, una mujer hermosa, discreta y elegante cuya sociedad era muy solicitada. Lady Clotilde la tenía en mucho aprecio, y aun cuando había dado órdenes de que no se recibiese á nadie durante algunos días, esta orden no rezaba con mistress Lowe.

Era una brillante, hermosa mañana; lady Clotilde estaba ocupada en la corrección de un nuevo catálogo de cuadros; Silvia extendía las invitaciones para una gran comida de gala que se celebraría el día del regreso de lord Dynecourt. La luz del día inundaba el aposento, el ambiente estaba impregnado con el aroma de las flores; Mrs. Lowe fué anunciada. Lady Clotilde levantó los ojos sonriendo.

—Siempre bienvenida, Mrs. Lowe,—dijo, y el lindo rostro de la visitante expresó el mayor placer.

Después de los saludos usuales, exclamó:

—Lady Clotilde, ¿recuerda usted una mujer muy hermosa que solíamos encontrar en los salones el año pasado.... una madame Jauteuil? A usted no le gustaba y se negó á que se la presentasen.

—Recuerdo,—dijo milady;—pero este año no la he visto.

—No; ha vivido retirada. Quizás le interese á usted que se ha casado hoy.

—¿Casado!—exclamó lady Dynecourt.—No es posible decir el valor que tienen los hombres. ¿Cómo es lo bastante bruto para encargarse de los destinos de madama la baronesa?

—Esa es la parte más extraña de la historia. ¿Recuerda usted haber encontrado en casa de lady Billa una mujer bella y triste.... mistress Thornton?

—Sí... poco después supe que había muerto.

—Pues su viudo es el feliz mortal de que se trata. Esta mañana se ha casado con la baronesa. La boda continúa á la hora en que estoy hablando.

Silvia se puso blanca como la cera.

—¿Qué ocurre, Silvia?—preguntó lady Clotilde alarmada.

—Conoci á Mrs. Thornton,—contestó ella,—y me he impresionado; viví con ella algún tiempo. Las dos señoras la miraron sorprendidas.

—Si lo sabía, lo he olvidado,—dijo lady Clotilde.

Mrs. Lowe era demasiado bien educada para manifestar curiosidad, y en este momento un majestuoso lacayo presentóse en la puerta diciendo:

—Milady, el señor ha llegado y está en su despacho.

Mrs. Lowe despidióse inmediatamente, y lady Clotilde, con las manos juntas, exclamó con un tono que Silvia no olvidó nunca:

—¡Ha venido!

—Tengo bastante tiempo para colocarlas,—pensó.

Las fotografías estaban sobre la mesa, en un lindo gabinete que abría al salón, un precioso rincón, que se usaba rara vez, excepto cuando lady Clotilde recibía alguna visita de confianza. Estaba separado de las demás habitaciones por un artístico arco, y cerrado con ricas cortinas de terciopelo azul.

Al tomar asiento junto á la mesa, Silvia sonrió, al notar lo silencioso que estaban los lujosos aposentos. Lady Dynecourt había salido, su marido estaba ocupado; no parecía sino que la vasta mansión había quedado para ella sola.

CAPITULO XIV

Las fotografías eran muy bellas. Cuando llegaba á alguna representando escenas de Francia ó Italia, se detenía á examinarlas; pero cuando se trataba de un lago ó montaña escoceses, entonces se levantaba ante ella la casa donde había pasado su niñez, el tranquilo, resplandeciente lago, las rojizas montañas, la antigua, pardusca iglesia, el soleado jardín, la pintoresca cabaña; oía la voz de la sirvienta, veía el rostro de su marido, y una exclamación de angustia se escapaba de sus labios.

—¿Cómo puedo olvidar?—exclamó en una de

las veces.—¡Oh dulce Escocia! ¡Tu nombre tan sólo me acibara el corazón!

Después ahogó el sollozo que subía á su garganta, pues se abrió la puerta del salón y entró un caballero conducido por un lacayo.

—Dígale usted á lord Dynecourt que no le entretendré más allá de cinco minutos,—dijo el visitante al criado;—pero que el asunto que me trae es importante.

Silvia miró las cortinas; estaban enteramente corridas.

—No tengo necesidad de marcharme,—se dijo;—puedo aproximarme á la ventana, desde donde nada puedo ver ni oír.

Acercó la mesita á la ventana y continuó su ocupación, arreglando y numerando las fotografías, sin dedicar el menor pensamiento á las personas que estaban en el salón.

Cuánto tiempo permaneció abstraída, jamás lo supo, ni cuánto espacio duraba la conversación en el aposento contiguo; pero el sonido de una voz llamó su atención.

Una voz que le heló la sangre en las venas y la hizo quedar inmóvil; una voz que pareció paralizarle el corazón y detener sus latidos; que trajo grandes gotas de sudor á su frente; que la hizo caer de rodillas, con las manos enlazadas y los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Qué era aquello?

La voz del hombre que había amado tan intensamente; la voz que había conquistado su corazón en las verdes campiñas de Rosebank; la voz que le había abierto un paríso, que le había susurrado en los oídos frases de amor y poesía, que la había arrebatado de su hogar y que siempre le había hablado con ternura.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¡Oh Dios santo! ¿Qué significa esa voz?

Así permaneció, arrodillada, con las manos enlazadas. No había equivocación; era más rica, más llena, más varonil en su acento, pero seguramente la voz del hombre que creía su marido ya.

Era preciso ver; ver si era todo hijo de su fantasía. Era preciso que viese el rostro del que poseía aquella voz.

Levantóse suave y silenciosamente; tocó las cortinas de terciopelo y las separó un poco; miró por el intersticio y vió á dos caballeros, uno, completamente desconocido para ella, hablando con calor, evidentemente un visitante; el otro, reclinado con negligencia sobre la lujosa chimenea, evidentemente el dueño de la casa: era el hombre que la había engañado, el hombre que, llamándose Ulrico Rymer, se había casado con ella.

Por unos momentos creyó que la vida iba á abandonarla, que iba á caer muerta sobre la alfombra.

Estaba mirando de nuevo el rostro que lo había sido todo para ella en el mundo. Aquellos labios la habían besado mil veces; aquellos ojos la habían mirado con amor indecible; era el rostro que había adorado como la estrella de la mañana de su vida, el sol que había sido su sola luz. Era el hombre que había amado con todo el amor de su apasionado corazón, su esposo, el padre de su hijo.

Lentamente, el cortinaje azul, cayó de sus ma-

nos; no hubo más ondulación que la que hubiese producido un soplo de aire; nadie lo notó; y luego trató de ganar su asiento. Había visto bastante; pero toda fuerza la había abandonado; la frialdad y el estupor de la muerte parecían haber caído sobre ella; no tenía ni aun la facultad de moverse.

Blanca, livida, permaneció allí, la armoniosa voz resonando aún en sus oídos.

¿Quién era él? El adorado esposo de su amiga más querida, el esposo á quien lady Clotilde amaba con todo su corazón, el rico, poderoso y encumbrado lord Dynecourt, un par del reino, dueño de aquella magnífica mansión! Sin embargo, tan seguro como hay un cielo arriba, aquel hombre era su marido, su legítimo marido, el padre de su hijo.

¡Su hijo! Estas dos palabras parecieron traspasar su corazón con ardiente pena, con una ardiente admiración de sí estaba loca ó soñando. Si Ulrico Rymer estaba delante de ella, entonces ella, y no lady Clotilde, era la verdadera lady Dynecourt, y Cirilo, el niño sin nombre, de cuyo destino se había ella lamentado, era el verdadero heredero de un gran nombre.

Hizo un esfuerzo para tratar de reflexionar con calma. Tan fácil le hubiera sido detener con sus pequeñas manos el curso de un río. Su cerebro ardía; aquella conocida voz parecía llevar á sus oídos un extraño sonido; una espesa niebla iba extendiéndose delante de sus ojos; un frío como el de la muerte circulaba por sus venas. Si sus descoloridos labios hubieran podido entreabrirse, tan sólo hubiese sido para exhalar gemidos; pero había perdido toda facultad de moverse, de hablar.

Y claras, como notas de una campana funeral, estas palabras sonaron en su mente:

—Si yo soy su esposa.... ¿qué es entonces lady Clotilde?

¡Lady Clotilde, cuya vida estaba unida á la de Ulrico! Temor, horror, confusión, desaliento, la asaltaban de todos lados.

Cayó donde estaba; la niebla le había cegado, el frío paralizado; cayó como muerta.

Los dos caballeros se estaban despidiendo, muy interesados en las últimas palabras, y no oyeron el menor sonido; nadie entró en el gabinete, nadie notó su falta, hasta que, al regresar lady Clotilde, preguntó por ella.

Entonces, después de alguna demora, la encontraron tendida en medio del gabinete. Lady Clotilde lanzó un grito de angustia.

—Está muerta,—dijo uno de los sirvientes.

Pero lady Clotilde posó una mano sobre el corazón de Silvia.

Dicho esto, salió, quedando Silvia sola.

Los pensamientos de Silvia no eran del todo tristes. Su experiencia del mundo había sido tan cruel, su experiencia del matrimonio tan amarga, que había algo de nuevo en la contemplación de una esposa feliz con el amor de su marido.

Lord Dynecourt debía amar á aquella mujer, tan noble, tan hermosa y tan superior; y, sentada allí, Silvia comenzó á pensar cómo sería. Hermoso, decía su esposa; bueno, generoso, in-

dulgente. ¿Era tan noble de corazón y alma como su esposa?

Después se le ocurrió de pronto que su visita á Dynewold House debía darse por terminada; tan sólo estaba invitada para lo que durase la ausencia de milord.

—Lady Clotilde no tendrá tiempo para mí,—pensó,—todo su tiempo y atención los necesitará para su marido. La diré que quiero volver hoy con Mrs. Greville.

Era tan humilde, tan deseosa de no molestar, que no quería estar un momento más, una vez que el dueño de la casa había vuelto; no soñaba siquiera que su dulce y graciosa presencia fuese motivo perenne de deleite para lady Dynecourt; todo cuanto tenía presente era que el marido de lady Clotilde había vuelto y que ya no la necesitaba. Había llenado su cometido y podía volver á casa. Estaba sentada en el mismo sitio; no era probable que lord Dynecourt entrase allí; aquella sala era una especie de retiro destinado á las señoras.

Pasaron dos horas antes de que lady Clotilde volviese, y su rostro, sus maneras, habían experimentado tal cambio, que Silvia apenas la reconoció. Parecía más brillante, más joven, más hermosa que nunca. Silvia la miró con una sonrisa cuando la noble dama se acercó á ella y le echó los brazos al cuello.

—Conozco lo que eso significa,—dijo Silvia riendo:—es usted tan feliz, que la dicha le rebosa, y quiere usted darme una pequeña parte de ella.

—Tiene usted razón,—afirmó lady Clotilde:—soy muy feliz.

Pero no añadió que la causa de esta felicidad era el cariño que su marido le había demostrado. No le dijo á Silvia que su corazón había palpitado como el de una tierna doncella al besarla su marido con más amor que otras veces, diciéndole:

—¿Cómo te prueba la vida tranquila, Clotilde? Jamás te he visto tan hermosa.

—¿Aun habiendo estado tanto tiempo sin verte?—observó ella.—Entonces mi cara no refleja el estado de mi corazón, pues te he echado muy de menos.

Quizás estas palabras le conmovieron, pues la tomó cariñosamente en sus brazos, la colocó en un diván y se sentó á su lado.

—No sabes cuanto me alegro de verme en casa, Clotilde. Me empezaba á fastidiar, y en toda Austria no he visto una faz como la tuya.

—¿Te alegras, pues, de verme, Basilio? ¿y no estarás ya más tanto tiempo ausente?

—No,—contestó él sinceramente.—Desean que vuelva... lord S. me ha hecho magníficas proposiciones, pero no las aceptaré. Prefiero mi esposa y mi casa.

Estas pocas palabras habían hecho á milady enteramente feliz; pero no se las repitió á Silvia. Rara vez hablaba de sus propios sentimientos ó emociones. La felicidad se leía en los radiantes ojos, en los sonrientes labios y en el animado semblante.

—He estado hablando á lord Dynecourt de usted, Silvia,—continuó,—y cuán feliz he sido

por encontrar una amiga tan afectuosa. Tiene ganas de conocer á usted.

—Supongo que lord Dynecourt habrá llegado bueno,—dijo Silvia casi con timidez.

Sentía cierto respetuoso temor por aquel ilustre lord.

—Sí... muy bueno, y ha quedado muy complacido de la reforma de la galería. ¡Ah, Silvia! Bien recompensada quedo por las penas que me he tomado; mi único disgusto es que el retrato no esté todavía en su puesto.

—Querida lady Clotilde,—dijo Silvia quieta y feliz de haberla podido hacer á usted este pequeño servicio; pero, una vez que ha regresado lord Dynecourt, yo debo irme; Mrs. Greville está sola. Si usted no tiene inconveniente, podía irme esta noche.

Lady Clotilde se echó á reír. Era la risa más franca y contenta que Silvia había oído en su boca.

—Mi querida Silvia,—dijo,—perdóneme usted; no hará usted nada de eso. Lord Dynecourt desea conocerla. Le he hablado de Cirilo y he despertado el interés sobre él. En el poder de lord Dynecourt cabe avudar á los progresos materiales del pequeño. ¡Av de mí... si fuésemos un hijo como el de usted! Naturalmente si presere usted marcharse, sólo me toca conformarme. No puedo olvidar cuán amable ha sido Mrs. Greville conmigo; pero quélese usted esta noche, Silvia. No quiero que se me vaya usted el mismo día del regreso de lord Dynecourt.

—Me quedo con el mayor placer si tengo la seguridad de no molestar. Ese era mi gran temor.

Lady Clotilde se echó á reír de nuevo.

—No hay temor ninguno. Lord Dynecourt ha ordenado que no se reciba hoy á nadie, y esta velada, cuando estemos solos, usted le hablará detalladamente de Cirilo. ¿Quién sabe? Con la protección del mi marido, puede ser mañana un hombre de importancia.

Silvia besó las bondadosas manos que estrechaban las suyas.

—Jamás le he hablado á usted de este asunto,—continuó milady,—pero ahora deseo manifestarle, que si usted no tiene objeción que hacer, el futuro del niño queda á mi cuidado. Tengo mucho más dinero del que puedo gastar. Quisiera enviarle á un colegio y darle la carrera que él elija. Es inteligente y pronto adelantará.

—No sé cómo manifestarle á usted mi gratitud,—exclamó Silvia:—sólo puedo pedir para usted la bendición del cielo.

—Quedamos convenidas,—interrumpió lady Clotilde festivamente;—pasaremos una agradable velada. Lord Dynecourt ha almorzado á su llegada, de modo que no le veremos hasta la hora de comer. Basilio está en su despacho... el mayordomo le está rindiendo cuentas, y yo he de acudir á una ocupación. ¿Con qué se va usted á entretener, Silvia?

—No haré más que pensar en usted y en su bondad,—respondió ella.—¡Oh, lady Clotilde, cuán agradecida le estoy! ¿cuánto le debo al cielo por haberme destinado tal amiga!

Lady Dynecourt le puso una mano sobre la cabeza.

—Usted ha tenido muchas penas en su breve vida,—dijo.—Yo soy muy feliz pudiendo alegrar un poco su existencia.

Y se alejó después, dejando á Silvia más agradecida de lo que se puede explicar. Silvia encaminóse al comedor, donde almorzó, y luego vaciló acerca de la manera de pasar el resto del día.

Un súbito pensamiento cruzó por su imaginación. Lady Clotilde había comprado cierto número de fotografías y había expresado el deseo de que Silvia las arreglase.

—Está desmayada, no muerta,—dijo.—Trasladadla con todo cuidado á su habitación y la colocaremos en la cama.

Así, cuando Silvia abrió de nuevo los ojos, fué para ver el rostro de lady Clotilde, inclinado sobre ella con gran ansiedad.

—¿Está usted mejor, Silvia? Me ha dado usted un susto atroz,—dijo la dulce voz.

—¡Quiero irme á casa!—exclamó ella con violencia.—¡Estoy enferma! ¡Oh, lady Clotilde, no me detenga usted!... ¡Moriría si me retuviesen aquí...! ¡Déjeme usted marchar!

Lady Clotilde la miró con asombro.

—Mi querida Silvia, ¿qué ocurre? Me asusta usted. Claro que se irá usted á casa si lo desea. ¿Qué le ha puesto á usted tan enferma? No puedo comprender.

Pero la respuesta que obtuvo fué aquel grito violento y lastimero:

—¡Quiero irme á casa...! ¡quiero irme á casa!

—Es un fuerte ataque de histerico,—dijo el médico que fué llamado violentamente,—y creo lo más acertado que se le dé gusto á la enferma y que se le traslade á su casa.

Mrs. Greville estaba sentada con una expresión de inusitada melancolía en su semblante. No entraba en su carácter ser muy afectuosa ó expansiva, pero había llegado á querer á Silvia; la hermosa y gentil compañera se había captado su afecto por completo, y ahora la veía gravemente enferma, casi á punto de muerte.

Estando así, anunciaron á lady Dynecourt, y Mrs. Greville se apresuró á salirle al encuentro.

—Es cierto lo que he oído,—preguntó lady Clotilde.—¿acercá de la enfermedad de mistress Rymer? Anoche lo supe, y he venido inmediatamente á enterarme.

—Desgraciadamente, es cierto. Una enfermedad que no puedo comprender. Si no la conociese tan bien diría que algún terrible secreto ó algún reventino infortunio ha sido la causa. Me parece dolencia más moral que física... pero, sin embargo, ¿qué afeción podía ponerla tan repentinamente al borde del sepulcro?

—Quisiera verla,—dijo lady Clotilde impulsivamente.

—Esta es la parte más extraña de la historia,—continuó Mrs. Greville.—Esta mañana me mandó llamar, y me dijo que sabía que iba á ponerse muy enferma, que sentía todos los síntomas de una fiebre de mal carácter, y me imploró que la mandase á un hospital.

Lady Clotilde lanzó una exclamación de admiración y de sorpresa.

—La he dicho que la mera idea era absurda, que era para mí como una hermana, y que, muy lejos de sacarla de casa, le prodigaría toda suerte de cuidados.

—¿Y qué replicó ella?—preguntó lady Clotilde con interés.

—Rogóme, con lágrimas en los ojos, que consintiese. Díjome que una de las camareras le había indicado que la noche última había estado delirando, y "sería terrible,—añadió,—que el delirio me acometiese aquí."

—¿Por qué aquí más que en otra parte?—preguntó lady Clotilde admirada.

—Esto es lo que me intriga,—contestó Mrs. Greville.—Sólo sé que el pensamiento la llena de espanto. La afirmé que nada podría persuadirme. Y entonces me suplicó que, si se ponía más enferma, no me aproximase á ella, confiándola al cuidado de personas extrañas. Evidentemente hay algo en su imaginación que teme revelar en un acceso de delirio.

—En efecto, pienso lo mismo,—dijo lady Dynecourt con acento apenado.

—Lo más extraño es, que cuando iba yo á salir, me volvió á llamar para decirme que por el amor de Dios, no la permitiese á usted la entrada en su cuarto, si se empeoraba y era presa del delirio. La dije que no entraría usted; y esto me asombra, pues me consta que, despuést de su hijo, es usted la persona que más ama en el mundo.

Lady Clotilde se quedó pensativa.

—Como usted dice, es muy extraño. No puedo comprenderlo. Venía con la intención de verla; pero, desde el momento en que ha indicado eso, me abstendré de hacerlo.

Las dos damas hablaron unos momentos más, pero Mrs. Greville estaba visiblemente deprimida y entristecida. Lady Clotilde, sorprendida y mortificada. Al regresar á casa, todos sus pensamientos eran para la bella, gentil criatura, á quien había llegado á cobrar indecible afecto.

—Poseo su confianza,—se dijo.—Conozco la historia de su vida. Nada podría decir ni en la locura de la fiebre, que yo no pudiese comprender. ¿Por qué huir de su mejor amiga?

Aun teniendo á su marido en casa, y ésta siempre llena de visitantes, lady Dynecourt no pudo ni por un momento olvidar á Silvia. Enviaba varias veces al día á preguntar cómo se encontraba, y la respuesta siempre era la misma: Mrs. Rymer seguía gravemente enferma. Lord Dynecourt había cambiado breves palabras sobre la materia. El mismo día que llegó á casa, estando comiendo, dijo con indiferencia:

—Así, pues, ¿tienes enferma á tu amiga, Clotilde?

Pero se sorprendió cuando su mujer le dijo dónde había sido encontrada.

—¿Desmayada en el gabinete? ¡Pero si yo estaba en el salón hablando de negocios con un amigo y no oí la menor cosa!

—Quizás no estuviese en el preciso momento. Tuve un sobresalto tremendo,—dijo lady Clotilde.—Además, he sentido mucho que no pudieses verla.

—¿Es muy guapa, pues?—preguntó lord Dynecourt.

—No he visto otra cara como la suya,— replicó ella.—No es solamente bella, sino amante, gentil, con un velo de algo como de tristeza sobre su semblante. Estoy segura de que te gustará.

—Bueno, viviré con la esperanza de verla algún día.—dijo lord Dynecourt con una sonrisa.—Me divierte tu entusiasmo, Clotilde.

Y con estas palabras fué dicho todo sobre el asunto. Si alguien le hubiese dicho que la mujer que su esposa amaba tanto era la que hizo suya para abandonarla luego, no lo habría creído por ningún motivo.

El gran disgusto en la vida de lord Dynecourt era el no tener un hijo y heredero. Le tenía un odio mortal á su pariente más próximo.

—Si no tuviese más que un hijo,—decía con frecuencia,—un hijo que me sucediese, que llevase mi apellido, que continuase mi raza, sería muy feliz. Moriré malamente sabiendo que mi fortuna irá al hombre que detesto.

Hablaba poco de su disgusto, pero no por esto era menos duro de soportar. Nadie, mirando aquel hermoso rostro, hubiera pensado que existía un gusano roedor en su corazón; nadie hubiese imaginado que, día y noche, un no atendido ruego pesaba sobre él, robándole á la vida sus placeres y su tranquilidad. No era hombre muy religioso, ni siquiera de gran moralidad; pero muchas veces se preguntaba si esta negativa al único don que le faltaba en la tierra no sería como una expiación de sus pecados; y muchas veces se decía si no hubiese sido mejor, á pesar de la gran fortuna de lady Clotilde y su alto nacimiento, contentarse con Silvia y con el hermoso niño de quien era padre.

¡Ah, semejante hijo para sucederle, semejante hijo para tomar su nombre y sus honores! Había pensado muy poco en aquel hijo. Había pensado una molestia más que otra cosa, y tan sólo la apasionada adoración de Silvia le entretenía; pero últimamente, cuando el deseo de un hijo y heredero se había arraigado en su corazón, comenzó á pensar más en el pequeño Cirilo. Empezó á preguntarse si vivía ó habría muerto, lo que su madre podría haber hecho de él. Un ligero destello de amor paternal empezó á iniciarse en su corazón. ¿Hubiera creído, á cualquiera que le dijese que el niño que su mujer amaba y para el cual le había pedido protección, era el hijo que abandonó villanamente?

Así, pues, lord Dynecourt no era un hombre feliz; poseía cuanto lujo y magnificencia pudiese ofrecer el mundo; era rico, poderoso, agasajado; bellos rostros le sonreían; lindos ojos resplandecían para él; pero no era feliz. Había un vago, inconstante descontento cerniéndose siempre sobre él; veces había en que el dulce rostro de Silvia se aparecía ante él, y entonces se odiaba á sí mismo.

—Una cosa es indudable,—se decía,—que los vicios de la juventud no son agradables amigos para la edad madura.

La había amado más de lo que él creía; había creído materia fácil conquistarla, poseerla y abandonarla. Muchos hombres hacen lo propio sin el menor escrúpulo, y ó su corazón no estaba del

todo endurecido, ó había llegado á quererla más profundamente de lo que él hubiera podido imaginar.

Desde el día en que escribió aquella fría, desalmada carta, no había sabido nada de ella. Sus abogados no habían logrado ponerse sobre su huella. Silvia había hecho caso omiso de todas sus indicaciones; no había tocado un céntimo del dinero que él había depositado para ella, cuyo fondo ascendía ya á una importante cantidad. Quizás, á saber él su paradero, lo que hacía, cómo lo pasaba, su pensamiento le hubiese perseguido menos; era el misterio que le rodeaba lo que la conservaba viva en sus pensamientos.

Muchos se ríen de lo que vulgarmente se conoce con el nombre de magnetismo; pero hay abismos en la filosofía que nos son desconocidos. ¿Por qué, cuando alguien á quien amamos ó hemos amado, está próximo, sin que lo sepamos, nuestros pensamientos van á él incesantemente? después sabemos de la proximidad y nos admiramos. Así, el pensamiento de Silvia no abandonaba á lord Dynecourt ni por un momento.

—No puedo imaginar,—se dijo un día,—por qué mis pensamientos van siempre á aquellos tiempos. No sabía que estuviese en mi naturaleza el ser tan constante.

—Clotilde,—preguntó á su mujer en una ocasión,—¿qué ha sido de tu bella protegida? Me prometiste que vería un portento y nada he vuelto á saber. ¿Qué ha sido?

—Continúa todavía muy enferma,—dijo lady Clotilde,—poseída de una terrible fiebre. Esto no obstante, espero que pronto estará mejor y podrá verla.

—Me alegro. Mrs. Greville.—continuó lord Dynecourt.—me es muy agradable... una de las pocas mujeres que encuentro verdaderamente entretenida. Cuando vayas á ver á tu protegida, te acompañaré y ofreceré mis respetos á la risueña cuanto interesante viuda.

Y su mujer sonrió, bien ajena á lo que la visita debía proporcionar.

CAPÍTULO XV

Las palabras serían débiles para expresar el horror que sobrecogió á la infeliz Silvia. Despertar de aquel largo sueño le fué más amargo que la muerte; el súbito torrente de pensamientos, el torbellino de emociones, el choque, el temor, la sorpresa, esto era demasiado para ella. ¡Encontrarle, y encontrarle así! ¿Que el hombre que sabía ser su esposo, lo fuese también de la mujer que amaba y respetaba como la que más en el mundo!

No podía recobrase del golpe; era demasiado terrible. Alzó los ojos, desorientada, de la tierra al cielo. ¿Qué iba á hacer? De cuántas inesperadas y no previstas complicaciones que el destino hubiese podido prepararla, ésta era seguramente la que menos hubiera esperado, en bien de su hijo, demandar sus derechos. ¿Cómo hacerlo ya, cuando la justicia significaba disgusto, humillación y deshonor indecibles para la dama que ama-

ba y reverenciaba? Sabía cuánto lady Clotilde amaba á su marido, por más indigno que fuese de este amor. ¿Iba á reclamar, destrozando un corazón que sólo bondades había palpitado para ella? ¿Iba á arrebatarse el esposo á lady Clotilde?

—¡No lo haré jamás!—exclamó, retorciéndose las manos con intensa desesperación.—¡No puedo hacerlo!

Y luego, palabra por palabra, acudieron á su mente todas las que lady Clotilde había dicho; las recordó vívidamente; su indignada protesta contra la cruel acción; sus altos principios, sus bien definidas y bien expresadas ideas; y Silvia sabía, luego de pensarlo todo, que lady Clotilde no abrigaba la menor sombra de sospecha, pero que al tenerla, dejaría nombre, posición, amor, más aún, la vida si era necesario, para que las cosas se repusiesen como era de justicia.

—¿Cómo es posible... cómo es posible!—exclamó retorciéndose las manos.—No hace mucho me dijo cuán entrañablemente le amaba. Sería más fácil hundirle una daga en el corazón. El castigo de su pecado y mi locura recaerán sobre ella, cuando es todo pureza.

El mero pensamiento de llevar una sombra de pena á aquel gentil corazón, era más de lo que podía soportar. Ella, que conocía tanto á lady Clotilde, podía representarse las profundidades de su angustia, el largo, temible y desesperado futuro, privado de todo cuanto le era más querido, y el generoso corazón de Silvia se estremeció de horror ante la idea de semejante sufrimiento.

—Es preciso que se lo evite... debo no infligirle tal pena,—exclamó,—á costa de cualquier sacrificio!

Pero contra esta resolución tenía dos razones. Lady Clotilde, si descubría la verdad, no la perdonaría su disimulo. Hubiera preferido, como se lo había dicho con frecuencia, conocer la verdad á ser engañada. Ella podía ser tan generosa y abnegada como quisiese, por lo que á ella afectaba; pero allí estaba Cirilo; Cirilo, no ya una criatura, sin nombre, sino el heredero de toda la gloria de los Dynecourt. Privarse de la justicia que se le debía á ella, era privarle á él de la justicia que se le debía; privarle de lo que en justicia le pertenecía, privarle de su derecho de nacimiento.

—Yo no puedo hacer esto,—se dijo á sí misma,—es necesario que no lo haga; por Cirilo, he de reclamar lo que es de Cirilo, cueste lo que cueste.

Así, cien veces cada hora, discutía consigo misma; una razón sobreponiéndose á la otra, un argumento pareciendo más sólido que el anterior, hasta que el fatigado cerebro divagaba, y el lacerado corazón desfallecía.

¿Qué iba á hacer? Clamaba al cielo y á la tierra; alzaba sus llorosos ojos al claro firmamento; trataba de coordinar el torbellino de sus pensamientos y ver cuál era el camino que debía seguir. Quería encontrar lo más alto y lo más noble, pero le tempestad de emociones era demasiado fuerte para ella; pensamientos, sentimientos, inclinación, deber, todo luchaba en revuelta

confusión; el sobrecargado cerebro se resintió, y una violenta fiebre fué el resultado. No era la primera á quien el deber, inclinación, principios y compasión habían conducido al borde del sepulcro. Cuando comprendió de lo que se trataba y trató de encauzar sus extraviados pensamientos, fué mayor su espanto. ¿Qué podía ocurrir si el delirio se apoderaba de ella y hablaba de aquellas cosas que quería mantener secretas? Conocía los generosos sentimientos de lady Clotilde hacia ella. ¿Qué ocurriría si iba á visitarla y oía una sola palabra de su terrible secreto?

Silvia temblaba; y en su nervioso temor hizo lo que debiera haber evitado; suplicar á Mrs. Greville que lady Clotilde no entrase á verla, delatando á ambas un oculto, extraño temor, que ninguna de las dos podía comprender.

Tardó bastante tiempo en reponerse; pero Mrs. Greville cumplió lealmente su palabra. No permitió que ninguna persona, por amiga que fuese, entrase en la habitación de la enferma; trajo una enfermera de oficio, acostumbrada á pacientes atacados del delirio, que les oía en sus lucubraciones como quien oye llover; y después, cuando Silvia, aun cuando lentamente, fué recobrándose, se abstuvo de hacerle la menor pregunta, ni de permitirse comentarios, lo cual, después de todo, era la mayor de las bondades.

Pasaron los días, y Silvia, una sombra de su pristino ser, empezó á reanudar sus deberes y á soportar las cargas de la vida. No había tomado aún resolución alguna acerca de cuál debía ser su conducta; todo era un caos para ella. No entreveía el menor rayo de luz en la oscuridad. Volviérase á donde le pluguiera, todo era miseria, confusión, infelicidad.

—Si encontrase una mente más fuerte y clara que la mía,—se dijo,—si yo pudiera exponer mis dudas á un hombre de inteligencia y corazón que me dijese, en nombre de Dios y por la gloria de Dios, lo que debo hacer!... Esperaré... no debo hacer nada precipitadamente!

Pero el nombre Dynecourt se le había hecho casi terrible de oír; era una terroia. Unas veces se decía que le era preciso tener paciencia; que debía esperar; no hacer nada por su propia responsabilidad; otras, que tal paciencia, que tal expectación, eran como un pecado mortal. Había un deber que cumplir, y era preciso cumplirlo; una justicia que reclamar, y debía ser reclamada.

No es de extrañar que el hechicero rostro enflaqueciese de día en día. Mrs. Greville llegó á ponerse en cuidado.

—Silvia,—le dijo un día,—voy á hablarla á usted francamente. ¿Sabe usted que, si no cambia usted, y esto sin pérdida de tiempo, nos va usted á dar un disgusto?

Silvia levantó sus admirados ojos.

—No sabía nada de eso,—replicó gravemente.

—Pues es tiempo de que se le diga á usted que está usted recobrándose de una grave enfermedad. Usted no come, ni duerme, ni sonríe, ni descansa. ¿Cómo quiere usted recobrar la salud perdida?

—No había pensado en ello,—dijo Silvia.

—No; eso es evidente. ¿Quiere usted dejar á su hijo solo en el mundo?

El hechicero rostro revistió una expresión ansiosa.

—Mi hijo! ¡Oh, no... mil veces no! ¿Qué haría sin mí?

—Pues cambie usted de forma, querida,—dijo Mrs. Greville bruscamente.—No puedo menos de ver que alguna gran pena ha hecho presa en usted y está royendo su vida. No pregunto cuál es; no pido confidencias; pero le aconsejo, por bien de su hijo, que, si quiere usted vivir, haga algo... todo, menos lo que está usted haciendo ahora.

Palabras claras; pero Mrs. Greville tenía la costumbre de hablar con toda claridad, y en este caso, su costumbre resultó beneficiosa.

—Es preciso que viva para mí hijo,—pensó Silvia;—pero, después de todo, la vida, de hoy más, será para mí un pesado fardo.

Al siguiente día, cuando estaba en la librería escribiendo algunas cartas por encargo de Mrs. Greville, entró ésta.

—Creo que tendrá usted presente el pequeño sermón que me permití dirigirle ayer, Silvia; pruébeme usted que ha sido provechoso. Lady Clotilde está ahí, y quiere que dé usted un paseo en coche, con ella.

La joven se echó hacia atrás, pálida y temblorosa, como si el nombre la hubiese aterrado.

—No... ¡no puedo ir!—exclamó desfallecida.

—¡Tontuna!—fue la calmosa réplica.—Es necesario... eso la hará bien. ¿Seguramente no irá usted a negarle a lady Clotilde un favor que la pide?...

Silvia tembló violentamente.

—Sea cual fuere el misterio,—pensó Mrs. Greville,—está relacionado con lady Dynecourt, aun cuando ésta lo ignore.

Como hubiese terminado el incidente, es incierto; pero en este momento hizo lady Dynecourt su aparición.

—Silvia!—exclamó,—cuánto me alegro de verla! No he tenido paciencia para esperar la respuesta, y, por lo tanto, he seguido a Mrs. Greville. ¿Sabe usted que hace tres semanas que no la veo?

Y lady Clotilde, inclinándose, besó la descolorida faz, y de los labios de Silvia se escapó un débil gemido.

—¡Si pudiese morir, Dios mío!—murmuró con angustia.—¡Esto es más de lo que yo puedo soportar!

¿Cómo podía ella traspasar el amante corazón, ennegrecer aquella vida, humillar la noble, graciosa cabeza, con el peso de tan inmerecida vergüenza?

—No quiero oír una palabra de excusa,—dijo lady Clotilde.—El día es precioso; vamos, Silvia; no puede usted decirme que no.

—Silvia,—dijo lady Dynecourt, cuando el carruaje se hubo alejado de la puerta;—no la comprendo a usted; me tiene usted muy preocupada. ¿La he ofendido en algo?

El pálido, apenado rostro, se alzó un momento y se desvió después.

—¿Cómo podía usted ofenderme, lady Clotilde?

de? ¡Usted que ha sido para mí la bondad misma!

—Entonces, dígame usted francamente por qué ha cambiado usted tanto para mí. Usted no sabe todo lo que era para mí, Silvia; fresca y vigorizadora como una florecilla silvestre entre plantas de estufa. Disfrutaba de su compañía como de la fresca brisa que sopla sobre los brezos, y ahora usted se me desvía... huye de mí... me evita. ¿Qué es esto, Silvia? ¿Qué he hecho yo?

Temblaron los descoloridos labios, y las líneas de angustia se hicieron más perceptibles.

—No ha hecho usted nada, lady Clotilde,—declaró Silvia con voz trémula.—¿Qué podía usted hacer?

—No hay efecto sin causa,—dijo lady Dynecourt;—si no he hecho nada, ¿por qué ha cambiado usted tanto para mí?

—Soy muy desgraciada,—dijo Silvia, haciendo un gran esfuerzo para dominarse y expresarse con calma.—Creo que no hay criatura más desgraciada, ahora, que lo soy yo: y la desgracia me ha cambiado, lady Clotilde. Perdóneme usted si he cambiado para usted; no he tenido tal intención. No tengo por usted sino devoción y reverencia... nada puede cambiar esto.

—Pero, Silvia, la infelicidad no es motivo para que usted huya de mí. Sé toda su historia... no tiene usted secretos para mí. ¿Por qué, si algo ocurre... no tener confianza en mí y comunicármelo?

Milady no comprendió el convulsivo estremecimiento que sacudió el frágil ser de la joven.

—Estoy resentida, Silvia,—continuó después de una pausa.—Es imposible que la ame nadie como la he amado a usted. La decepción ha sido terrible.

Y el bondadoso rostro se puso triste, y los hermosos ojos se llenaron de lágrimas; tanta era su pena. Y, sin embargo, si así sufría ahora, ¿cuánto no sufriría al tener un destello de la verdad? Mejor, mil veces, que lady Clotilde la creyese fría, caprichosa, volterria, displicente; todo mejor, que saber la amarga verdad; pues Silvia no había decidido todavía qué línea de conducta había de seguir...

—Le había prometido a usted,—continuó lady Dynecourt,—ser su amiga mientras viviésemos; esto lo he dicho muy poco. Le prometí a usted que mi marido se interesaría por el porvenir de su hijo...

Se detuvo bruscamente, pues Silvia le había puesto una mano sobre el brazo.

—Silencio, por Dios!—dijo en voz baja, tan llena de lastimera súplica, que lady Clotilde se sorprendió.—¡Silencio!—repitió.—¡No puedo sufrir una palabra más!

—¿Le ha ocurrido algo a Cirilo?—preguntó lady Clotilde vivamente.

—No; pero no puedo sufrir una palabra más. Soy muy desgraciada, lady Dynecourt; sea usted buena conmigo y lléveme a casa.

Una mirada al descolorido rostro, con su expresión de profunda angustia, influyó para que lady Clotilde se apresurase a cumplir el deseo de Silvia.

—A casa de Mrs. Greville,—dijo al cochero, más ofendida, más intrigada que lo había estado nunca.

No dijo nada más, y el coche rodó guardando ellas profundo silencio. Tenía pensamiento milady, de decirle a Silvia que lord Dynecourt iría a casa de Mrs. Greville; pero estaba demasiado apenada para recordar esto. Sólo, ya próximas a casa, tomó entre las suyas una fría mano de Silvia y la retuvo un momento.

—Silvia,—dijo con dulzura,—si llega el día en que usted se arrepienta de haber rechazado y ofendido a una buena amiga, venga a buscarme. Le prometo que me encontrará usted otra vez, y que todo quedará olvidado.

Las lágrimas corrieron por las pálidas mejillas de Silvia, pero no profirió una palabra. ¿Qué pretexto podía ofrecer? O decir la verdad ó dejar que lady Clotilde pensara lo que quisiera.

Entraron en casa en total silencio, lady Dynecourt más mortificada de lo que hubiese podido imaginar. Encaminóse al salón, esperando encontrar allí a Mrs. Greville y a su marido. Silvia subió a su cuarto, donde, despojándose de sombrero y manteleta, lloró un buen rato con una violencia de emoción que la espantó a ella misma. Nada hubiera podido serle más penoso que tratar de endurecer su corazón contra la bondadosa y noble dama que la había colmado de afecto é interés.

—¡Era duro,—sollozó,—amargamente duro! ¡Oh!... ¡Si ella supiese la verdad!

Esperó algunos minutos en su habitación, y después, pensando que los visitantes se habían ido, descendió las escaleras para terminar las cartas de Mrs. Greville.

Mientras bajaba los peldaños, se iba diciendo:

—Es preciso que me marche de aquí, hasta que decida lo que me conviene hacer. No me sería posible soportar otra escena como la de hoy.

Se detuvo un momento junto a la puerta del salón. Oyó muchas voces y sonido de risas, por lo cual pensó que Mrs. Greville tenía todavía visitas.

—Terminaré las cartas primero,—se dijo,—y la hablaré después.

Y ocurrió que mientras lord Dynecourt estaba disfrutando de la conversación de la chispeante viuda, ocurriósele que tenía que escribir una carta urgente que había olvidado hasta aquel momento. Se refería a un discurso que debía pronunciarse aquella tarde en la Cámara de los Lores sobre un asunto de la mayor importancia. El súbito cambio en voz y maneras hizo comprender a Mrs. Greville que estaba preocupado. Milord explicóle de qué se trataba.

—Vaya usted a la librería,—dijo la amable dama,—y allí encontrará usted todo cuanto necesite.

Despidióse de Mrs. Greville, comprendiendo que no tendría tiempo para volver de nuevo al salón.

—¿Tardará mucho, Basilio?—le preguntó lady Clotilde.

—Cosa de unos quince minutos,—contestóle su marido.

—Pues dentro de un rato iré en busca tuya—

dijo lady Dynecourt,—y nos iremos a casa juntos, si no tienes inconveniente.

—Al contrario; el arreglo me satisface por completo,—replicó milord.

Y completamente ajeno a la red que iba envolviéndole, salió del salón con la sonrisa en los labios, y joviales y galantes palabras.

Sentóse a la mesa escritorio y bien pronto se abstrajo en la redacción de su carta.

No oyó las ligeras pisadas que bajaban la escalera, ni el suave levantar del pestillo.

No vio ni oyó nada, hasta que un entrecortado suspiro le hizo levantar la cabeza con algún sobresalto.

Y sus ojos vieron una figura de blanco rostro, de ojos llenos de indecible angustia, temblorosos labios, rígidas y entrelazadas manos: la joven que amó y abandonó después.

La vio por última vez en la pintoresca cabaña, y la dejó sabiendo que se le destrozaría el corazón; y una vez más, el traidor y la traicionada, la víctima y el sicario, se encontraban frente a frente.

CAPITULO XVI

Lord Dynecourt no profirió una palabra cuando su asombrada mirada se detuvo en la bella y apenada figura. Parecióle que era víctima de una jugarreta de sus sentidos. Su pensamiento se había embebido de tal modo en la carta, que la tuvo por una aparición; así, durante un largo momento, permanecieron silenciosos; un silencio cuya prolongación era terrible. Después lord Dynecourt levantóse lentamente de su silla.

—Silvia,—dijo con voz estremecida,—¿eres tú? ¡Habla, por el cielo!

Pero tanto hubiera valido decirle a la marea que se detuviese cuando va a su lleno. Todo poder de hablar había abandonado a Silvia. Reclinóse contra la pared como si temiese caer.

—Silvia,—repitió él gentilmente, adelantándose, con la mano extendida,—si tan sólo pudiera decirte cuán satisfactorio me es volverlo a ver!

Silvia se había representado en su mente muchas veces este encuentro. Se había representado hablándole con toda la dignidad de la virtud ultrajada, con toda la severidad del amor herido; pero, llegado el momento, como mujer que era, todo lo olvidó, excepto que le había amado. Vio que sus ojos la miraban con la antigua amante expresión y juntó las manos gritando:

—¡Oh Ulrico... Ulrico!... ¿Cómo ha podido ser? ¡No me toques!... ¿Cómo pudiste dejarme así?

La hechicera faz; la triste voz, con su apasionado grito; las lágrimas, le conmovieron como nada lo hubiera podido hacer.

—¿Tanto sentiste mi ausencia, Silvia? ¿No me has olvidado en todos esos años?

—¡Olvidarte!—repitió ella, y su voz era semejante a la más dulce y triste de las músicas.

—¡Olvidar a mi esposo... al padre de Cirilo!